

BIBLIOTECA CENTRAL
II A. N. L.

314

LIBROS PROHIBIDOS.

I. La Iglesia no se debe mezclar en los libros.—II. La prohibición de los libros se ha hecho para los débiles.—III. Yo he hecho la prueba, y ningún daño me han producido.—IV. ¿Por qué no conocer lo verdadero y lo falso?

Ademas del ayuno, hay otra ley eclesiástica cuya necesidad, y sobre todo cuyo cumplimiento se comprende poco en nuestros días: la que se refiere á la prohibición de los libros malos. Elúdense, por tanto, de mil maneras este acto de autoridad: por algunos con descaro, desconociendo á la Iglesia el derecho de constituirse juez de tal materia, y por otros más encubiertamente, afirmando que dicha prohibición es buena para los débiles y para los ignorantes, pero no para ellos, que gracias á Dios no son lo uno ni lo otro. Elúdense, por fin, acusando á la Iglesia de timidez excesiva, y de que tiene poca confianza en la verdad, en el hecho de temer que de súbito se oscurezca delante de un sofisma cualquiera. Veamos el peso y la fuerza intrínseca de todas estas razones.

I. *La Iglesia no se debe mezclar con los libros, pronunciando sentencias sobre ellos.* ¿Y por qué? Por el contrario, en ninguna materia se ha de mezclar tanto. Si desgraciadamente no se hubiese perdido toda idea de Cristianismo, no habríamos de inculcar todos los días estas verdades, que son el abecedario de la religion. Sabed, pues, que la Iglesia es autoridad docente, y de tal modo, que ántes la despojaríais de sus demás derechos que de éste, tan intrínseco de ella como la vida. La Iglesia fué constituida maestra, y ha de enseñar; fué nombrada guía, y debe conducir: es depositaria de inmensos tesoros de verdad, y menester es que los distribuya;

es sosten de verdad, y menester es que pueda indicar siempre dónde mora; es luz, y menester es que brille; es tribunal, y menester es que resuelva controversias y pronuncie sentencias. La cargareis de hierro y la perseguireis de muerte; mas ella siempre hablará y anunciará siempre la verdad. Así la hizo Jesus, y así subsistirá; no pudiendo autoridad alguna de la tierra trastornarla en otra diferente de la que Jesus formó. Los católicos creen todo esto por la fé cuando dicen: *Creo en la santa Iglesia católica.* ¿Cómo podrá ejercitar todos éstos oficios esenciales á su naturaleza y constitución, si no puede decir: «La doctrina de este libro es sana, y perversa la de éstotro;» y si no puede prohibir á los fieles un alimento que sabe es peligroso? El protestante que desconoce la autoridad de la Iglesia puede, según sus principios, no curarse de sus órdenes; mas el que hace profesión de católico, tanto no la puede negar este derecho, cuanto no se puede contradecir á sí mismo. Y en verdad que la santa Iglesia lo ha ejercitado desde los primeros días de su existencia hasta hoy con una constancia nunca interrumpida. En los *Actos apostólicos* se menciona una gran quema de libros malos hecha por insinuación de los Apóstoles: en los siglos siguientes tenemos los escritos de todos los heresiarcas condenados á medida que se publicaban. El Concilio de Trento formó un catálogo de los libros más venenosos de su tiempo, y los Pontífices sucesivos vinieron prohibiendo constantemente todas las lecturas envenenadas; lo cual vemos aún con gran frecuencia, gracias á la moderna impiedad. Hay, pues, el hecho y el derecho que le confirma la mencionada facultad: ¿quién osará ponerla en duda? II. Ni es cierto lo que añaden algunos, á saber: que *esta ley se ha dado sólo para los débiles y para los ignorantes.* La Iglesia no ha hecho nunca tal distinción, y siempre ha creído que deben cumplirla todos: donde no distingue, no podemos distinguir nosotros. ¡Ay de las leyes, y, mejor, ay del mundo si dicha razón bastase para sustraernos á

ellas! Ningun abuso podría ser reprimido; porque, ¿quién no se cree con bastante juicio para cumplir por sí propio con su deber sin la intervencion de la ley? Por lo demás, ¿es cierto que no hay peligro en la lectura de las obras perversas? Hay tanto, que entre las infinitas artes de seducción que existen, ninguna suele salir tan desventuradamente eficaz, como la experimentado hace ver todos los dias. Si se trata de libros que atacan la fé, es tan fácil presentar un sofisma, discurrir una sutileza y suponer un hecho, como raro encontrar quien tenga la agudeza de ingenio, la erudicion, la lógica y todos los conocimientos que sería preciso reunir para resolver las dificultades. Si se trata de moral, como el corazon humano tiene las pasiones que tanto lo trabajan, con cualquier empuje que venga del exterior la lucha viene á ser peligrosa en extremo, y más son las caídas que los pasos. Si este peligro corren todos, le corren principalmente aquellas personas que tienen la manía de leer toda clase de libros; se trata de una regla general, de jóvenes que no han estudiado mucho, y que tienen poco seso, ó de mujeres completamente perdidas en las vanidades del mundo, que no se saben ocupar en nada sério. Ahora bien. Semejantes lectores reúnen precisamente todas las condiciones que se necesitan para beber toda clase de venenos; porque como no están fundados en el profundo conocimiento de las materias religiosas; ni en mucha pureza de costumbres, no saben defenderse del error ni guardarse de la corrupcion.

III. *Mas yo lo he probado en otras ocasiones, y nada me han hecho.* Yo me congratulo primeramente con vosotros de vuestra obediencia reverendísima á la santa Iglesia, y os respondo luego que aun cuando hubiérais leído una obra espiritual y logrado hacer despues el mayor bien del mundo, si la hubiéseis leído sabiendo que estaba prohibida por la Iglesia bajo pecado mortal, lo habríais realmente cometido. Y lo volveréis á cometer cuantas veces la leais de nuevo. Os añadiré, de paso, para vuestra instruccion, que no sólo pecáis gravemen-

te leyéndolas, sino tambien conservándolas cerca de vosotros (la Santa Iglesia lo prohíbe), prestándolas, vendiéndolas, ó despachándolas á quien no tiene licencia. Y la razon de que no os dañan, sino que os resultan útiles, no sirve, porque siempre hay una grave desobediencia á la Iglesia, que os lo ha prohibido con autoridad legítima. Direis que es una dureza, que es una intolerancia, que es... decid lo que gustéis; tal es la orden de la Iglesia, única que puede dispensaros. Si sois católicos, es menester doblar la cabeza.

IV. *Mas ¿por qué, pues, la santa Iglesia no quiere que conozcamos el bien y el mal, la verdad y el error?* ¿Teme acaso que la luz de la verdad se oscurezca tan fácilmente? He oído más de una vez promover esta dificultad con tal aparato, que realmente daba compasion ver cómo aquellos infelices se engañaban. Oid, por tanto, la respuesta.

V. Observad, ante todo, aquel arrogantisimo *por qué la Iglesia quiere*, con el cual se le pide cuenta de sus órdenes. Si no encontrásemos la razon de aquel *por qué*, ¿estaríamos por ventura dispuestos de obedecer? ¡Oh! ¿Qué? ¿Deberán ahora los católicos, al igual de los protestantes, someterse á la razon, y no á la autoridad?

Por lo demás, las razones son muchas y gravísimas. Hay el peligro verdadero y real de la seducción, como ántes he dicho. Las historias eclesiásticas recuerdan las caídas de hombres profundos que, confiando en sí mismos, precipitáronse en todo género de errores. Eutiques, de intrépido defensor de la fé, se trasformó en heresiarca leyendo una obra maniquea. Bardesanes de Siria era por su piedad y celo católico la admiracion de los fieles; mas leyendo algunos volúmenes impíos, se convirtió en propagador acérrimo de la secta de los valentinianos. El santo sacerdote Avito, no haciendo caso de las advertencias de San Jerónimo, quedó ligado á los errores de Orígenes, leyendo sus escritos. Los libros de los priscilianistas corrompieron España y Portugal, como notó San Jerónimo. Wiclef con sus libros corrompió toda la Bohemia; no hay lágrimas

suficientes para deplorar lo que hizo Lutero y los suyos en el siglo décimosexto, y los enciclopedistas en el décimoctavo. Ahora bien. Habiendo caído las columnas, ¿cómo se pretende que no vacilen las cañas?

En segundo lugar, no teme la santa Iglesia que la luz de la verdad sea ménos hermosa que el falso brillo del error: teme que no tengamos ojos bastante sanos para discernir la una del otro. Y esto, primeramente, por ser falso que quien lea el error esté dispuesto tambien a leer la verdad. El error viene presentado en copa de oro, que fácilmente atrae; se derrama generalmente en obras amenas y deleitables, y se insinúa en los relatos, en las novelas, en las poesías, en los romances; se colora, embellece y envuelve, no sólo en la gracia del estilo, sino tambien en la agudeza de la sátira, y con la entrettedura de todas las pasiones que más inflaman el corazón humano, mientras que la verdad adelanta grave, sóbria, pudorosa, y no tiene para el mundo dañado y corrompido aquellos atractivos que tiene el error; por lo cual sucede muchas veces que no pocos que pasan horas enteras sobre un libro malo y venenoso casi sin aperebirse de ello, se sentirán dominados por el sueño no bien abran algún libro piadoso ó de instruccion religiosa.

Además, aunque leyérais en hora buena el uno y el otro igualmente, ¿creeis que comprenderiais entrambos de la misma manera? Para entender una objeccion ó una dificultad, basta un ingenio escásimo; mas para distinguir lo verdadero de lo falso se necesita una inteligencia privilegiada, que no siempre ha dado Dios, una erudicion vasta, que no siempre se ha conseguido, y estudios profundos, que no siempre se han hecho: así, mientras se bebe á menudo el veneno con gran facilidad, no hay con frecuencia estómago que pueda resistir el antidoto.

Fuera de que, aún suponiendo que la dificultad no haya conseguido destruir la fé por completo, ¿creeis que á lo ménos no habrá logrado debilitarla? Saben muy bien los que se ocupan algo en su alma que á veces un pensamiento es bastante para producir tédio y perturbar la paz del corazón. Aho-

ra decidme: ¿No es un bien tal la santa fé que merezca alejar de ella todo lo que la prede hacer de algun modo ménos viva y ménos pura? Lo mismo hay que decir de la vida ejemplar, que como el vidrio queda empañada por cualquier mancha: ¿no es con la fé la mayor esperanza que tenemos de salvarnos eternamente? ¿Cómo exponer, pues, bienes tan preciosos?

Esto me suministra la última y más eficaz razon para demostraros que no es lícito leer el bien y el mal, como decís; porque aún suponiendo que no sufrís daño de ninguna especie para la confrontacion que haceis de la verdad con el error, ¿sería lícito nunca exponeros al peligro de sufrirlo? La ley que prohíbe el mal, prohíbe tambien exponerse á lo ménos sin una grave necesidad, al peligro presente del mal mismo; si en la lectura de libros perversos hay realmente, como no lo duda ningun sábio, y lo demuestra la cotidiana experiéncia, este grave riesgo, ¿cómo puede ser lícito exponerse á él? ¿Cómo! En los peligros temporales se comprende á primer vista esta razon, mas en los eternos no se acaba de alcanzar. ¿Quién censura que los gobiernos prohiban la venta de los venenos? ¿Quién no procura con la mayor diligencia no caer enfermo? ¿No tenemos, sin embargo, antidotos potentísimos, bálsamos saludables, y médicos muy entendidos para remediar despues todo mal? Hasta hoy nadie ha sido estólido hasta el punto de exponerse á los venenos, á los puñales y á la muerte por confiar en el antidoto, en la panacea y en el doctor. ¿Por qué no se razona del mismo modo hablando del alma, y por qué la expndremos en las lecturas peligrosas á las heridas gravísimas que la infieren el error, la duda, la infidelidad y la excitacion de las pasiones, bajo el pretexto de que hay buenos libros que despues curarán las llagas? No es, portanto, la prohibicion de los libros perversos por la Iglesia un temor de que la verdad no sea hermosa en sí misma, sino de que no resplandezca á nuestros ojos: la caridad más exquisita está en prohibirnos aquello que pudiera darnos la muerte.